ENRIQUE RIOJA

ULTIMO SOL EN ESPAÑA

El tibio sol invernal de Cataluña ilumina una triste escena.

Es mediodía. Un parque.
Invierno: Blancas sendas.

(«Sol de Invierno».)

Y allí el poeta, sereno, camina al destierro; con él siguen la misma desdichada ruta otras personas, reunidas por azar del destino. En trance de abandonar sus lares, sienten la íntima desazón del próximo e inevitable desarraigo.

En los rostros el gesto de amargura de la derrota. No se sienten, sin embargo, vencidos; la vencida es su España; es ella la que les duele al igual que le doliera a aquel don Miguel de Salamanca.

La España de ellos es la vencida: la del romancero, la de San Juan, Santa Teresa y Fray Luis, la de los fueros y las cortes, la de las comunidades castellanas y aragonesas, la de la increíble hazaña americana, la del Siglo de Oro, la del Caballero de la Mancha, sometido, como ella, al engañoso arbitrio del bachiller Sansón Carrasco.

Entonces, como ahora, las aguas corren hacia el Caballero de la Blanca Luna: atuendo de oropel, títere resplandeciente que con armadura, adarga y lanza no logrará empañar los claros destellos alcanzados, por singular paradoja, ayer, hoy y siempre, por los españoles en derrota. De ellos es símbolo y paradigma el de la Triste Figura que cinceló con su brazo peregrina e imperecedera historia, a prueba de bachilleres y barberos.

De los que aparecen en esta histórica fotografía, y el que la obtuvo, que como es natural no está en ella, sólo dos sobrevivimos. Don Antonio, su hermano José, el doctor José Sacristán, neurólogo de claro nombre, y el doctor José Royo Gómez, geólogo que dejó tras de sí una gran labor, y que fue el fotógrafo, son todos idos. El profesor Juan Raoura y yo quedamos aún para contarlo; y esto es precisamente lo que me pide el amigo Anselmo Carretero, un recuerdo de aquellos días de hondas zozobras. Me pliego a su deseo ya que tiene indudable interés el evocar los momentos y las circunstancias en que se tomaron ésta y otra fotografía, ambas en el mismo día, hora y sitio. Las dos, quizá las últimas del poeta, ya que median pocas jornadas entre ellas y el final presentido en versos proféticos, tan conocidos.

> Y cuando llegue el día del último viaje
> y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
> me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
> casi desnudo, como los hijos de la mar.

Nunca quise relatar lo acontecido en estos últimos días en España que me tocó pasar cerca de Machado. Todo estaba impregnado de emoción, en los demás y en mí, que no me creí facultado para darla a todos los vientos. He leído varios relatos, pero ninguno desde luego exacto, y me temo que tampoco lo sea éste; los años y la lejanía han desvanecido recuerdos que se pierden o desdibujan.

La fotografía fue tomada el 25 ó 26 de enero de 1939 en Cerviá de Ter, en la provincia de Gerona, en el alto que hizo una expedición de profesores y escritores organizada gracias a la atención cordial del doctor Puche. La mayor parte de los componentes de ella fuimos en unas ambulancias de Sanidad Militar. Poco antes de llegar a Cerviá se nos sumó un coche en el que venían Machado con su madre, su hermano y otros familiares. Juntos proseguimos al pueblo en el que permanecimos hasta el día 28 al anochecer, alojados en una masía. Estos días transcurrieron en torno al lugar fotografiado, en medio de tribulaciones y negros pensamientos, fáciles de imaginar. Don Antonio todavía, de vez en vez, hacía gala de un humorismo que dejaba traslucir su estoicismo y la serenidad plena de su espíritu. La mayoría de nosotros estábamos despedazados. Era sin duda el que más dominio tenía sobre sí.

La noche del 27 al 28 llega uno de los doctores Trías, creo que Joaquín, con la triste y esperada nueva de que no quedaba otra opción que pasar la frontera. Venía con autorizaciones del Gobierno republicano para cada uno de nosotros y nuestros familiares, documentos visados por los representantes consulares franceses en territorio republicano. Algunos de los que todavía estábamos en situación militar recibimos autorización expresa de que podíamos salir de España. Al atardecer del día 28 nos vendrían a recoger algunas ambulancias de Sanidad Militar, como así fue.

En el momento de partir nos tocó ver cómo en las sombras del crepúsculo, y bajo la copa de añoso árbol, unos payeses procedían, prudentes, a quemar banderas republicanas y catalanas. El éxodo de gentes, los rumores, el tronar de bombardeos y nuestra presencia y marcha eran augurios inequívocos del próximo fin.

Después de unas horas de camino llegamos a una amplia y típica masía catalana, que después supe se llamaba Mas Faixat, deparada por la previsión del doctor Puche para que varias expediciones análogas a la nuestra se reunieran y pasaran en ella la última noche en la patria. En ella, catalanes y castellanos comulgamos en el mismo y común dolor. Allí, en un viejo diván, don Antonio conversaba, pausado y sereno, con Navarro Tomás, Corpus Barga y otros. En algún otro lugar, Carlos Riza hablaba, en un ambiente de tristeza, con un grupo de escritores. La luz mortecina, la desesperanza mucha y la fatiga que se apoderaba de nosotros, pese al inaudito y cordial esfuerzo de la familia Puche que se desvivía por entibiar trance tan amargo, creaban un ambiente que imagino es el de todas las retiradas ante el acoso de los vencedores que avanzan.

Al alba se emprendió la marcha, en varias ambulancias, hacia la frontera. Fue preciso rectificar varias veces la ruta ante las noticias que llegaban de ataques y evitar el paso por la congestionada Figueras. En este avanzar lento y vacilante la madre del poeta daba muestras de indudable y creciente desvarío, que dejaba al descubierto su maternal ternura. A la vista de un prado en el que quedaba algún ganado, tal vez en el momento en que el avanzar de los vehículos era más penoso y las circunstancias más apremiantes, intercedía con las señoras sentadas a su lado para que la caravana se detuviese. «¿Por qué no paramos? En aquel prado hay unas vacas. Antonio, el pobre, podría tomar un vaso de leche»; y, como éstas, otras expresiones, en las

que el amor maternal perduraba en las tinieblas de la mente, surgidas al fragor de luchas, riesgos y azares.

Así prosiguió la marcha, subrayada por las incidencias habituales, según supongo, en toda retirada: unas trágicas, otras risibles y no pocas estúpidas, nacidas del miedo y el nerviosismo.

En la tarde soleada del 29 de enero llegamos a la frontera que por la parte alta de Port Bou está en una loma. Por ser más exactos, a unos cientos de metros de ella. Los vehículos detenidos comenzaban ya a formar el tapón que más tarde fue extensísimo.

Royo Gómez, algún otro que no recuerdo y yo, nos dirigimos al pueblo para darnos cuenta de cuáles eran las posibilidades del paso a Francia. José y Joaquín Xirau, con Corpus Barga, se dirigieron al puesto fronterizo con igual misión.

Al regresar de la indagación infructuosa encontramos a Carlos Riba y a otros compañeros que optaban por pasar a Francia por otro lugar. Algunos incidentes con el personal de las ambulancias habían creado una situación tensa, propia del nerviosismo ambiente, que terminó por alarmarles.

Los Xirau y Corpus Barga nos comunicaron que las autoridades francesas permitían nuestro paso y en el puesto fronterizo estaban los nombres de los expedicionarios que podíamos cruzar la frontera. Para no agravar la impaciencia de las gentes que esperaban pasar a Francia, que eran muchas, aguardamos el caer de la noche para salvar el medio kilómetro, o poco más, que nos separaba de la frontera. Llegado el momento cada uno de nosotros avanzó con sus familiares. A don Antonio y a los suyos se les hizo pasar apenas llegaron; a muchos de los demás se los fue llamando nominalmente. Recuerdo que no era nada acogedor, dado el estado de ánimo nuestro, el tener al otro lado de la cadena que separaba los dos países rostros senegaleses; es justo confesar, sin embargo, que no hubo en ninguno de ellos ni desatención ni brusquedad molesta en el cumplimiento del deber, establecido por las ordenanzas, en circunstancias tan poco habituales. Ya en Francia, después de llenar unos documentos con nuestros datos nos dirigimos al pueblo de Cerbère. Para don Antonio y los suyos se consiguió un camión de carga abierto en el que dudo hubiera asiento alguno. En tal medio de transporte no estuvieron a cubierto de la llovizna que hacía la noche desapacible y húmeda, aunque no cruda, a pesar del buen tiempo de la tarde.

Los demás, para evitar las vueltas prolongadas de la

carretera, que alargaban el camino, fueron guiados hasta un atajo que se hacía más áspero de lo que era por lo desapacible de la noche y nuestra sombría situación.

En el grupo mío iban delante Navarro Tomás, que llevaba con garbo y prestancia sus años, que empezaban a pesar, y Ricardo Vinós, deseosos de alcanzar, como así lo hicieron, un tren que les condujo hasta donde estaban los suyos. Joaquín Xirau y Royo Gómez venían después, y en retaguardia íbamos el doctor Sacristán y su esposa, y yo con la mía. Las dotes nulas de Sacristán y mi esposa fueron la causa de que llegáramos los últimos a Cerbère.

Con don Pedro Carrasco, su esposa y su hijo buscamos cobijo en un cuchitril que conseguimos en una taberna las familias de Royo Gómez, Sacristán y la mía. Al día siguiente nuestro afán fue ponernos en contacto con los demás compañeros de desdichas.

Don Antonio pasó aquella noche, como las restantes de Cerbère, en una silla, frente a una mesa, en el café de la estación del ferrocarril. Nunca le vimos más al igual que como lo describiera Rubén Darío:

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
.....
.....
Y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.

Sus ojos reflejaban indecible tristeza, más honda aún que la de la noche anterior. Su porte sereno y su expresión tranquila daban a su gesto austero la típica dimensión castellana, que en él se fundía, de modo sorprendente, con su profundo espíritu andaluz.

> Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé; allí perdí a mi esposa, a quien adoraba— orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano.

Cambiamos pocas palabras, que es lo que acontece cuando hay mucho que decir. No me atreví siquiera a ofrecerle el chiribitil donde pasé, en compañía de otros, la primera noche de expatriado.

Mutuamente inquirimos noticias de los amigos. Supe entonces que Corpus Barga había salido para París: había ido en busca de mejor acomodo para el poeta.

Así transcurrieron un par de días. Corpus Barga regresó para conducir a don Antonio a la casita de Colliure, donde pocos días después encontraría su «barca amarrada a la otra orilla».

La despedida fue sobria y honda; a la puerta del café de la estación, que recogió su primer sentir de desterrado; pocas palabras, cargadas de emoción, y se fue apoyado en su bastón, aquel que le acompañaba en sus andanzas solitarias madrileñas. Marchó hacia el tren con los suyos y con Corpus Barga. Este momento fue de tanta emoción, y tan amargo, como el de transponer la línea fronteriza. Una estela de humo y un punto negro que desaparece en la lejanía. Esto fue todo, el recuerdo de este instante nos lleva al de aquellas disquisiciones del poeta en torno al *cero integral*, en las que, al alcance de su pensar sutil, y lejano, mezcla cierto tono de zumba, con lo que, tal vez, busca situar al lector en un plano, desvanecido e incierto, entre lo trágico y lo burlesco.

Toma el cero integral, la hueca esfera,
que has de mirar, si lo has de ver, erguido.
Hoy que es espalda el lomo de tu fiera,
y es el milagro del no ser cumplido,
brinda, poeta, un canto de frontera
a la muerte, al silencio, y al olvido.

(*De un cancionero apócrifo.* «Al Gran Cero».)

«Diálogo de las Españas», núms. 4-5. Méjico, octubre 1963.